

La dimensión política en la constitución de la identidad del sujeto

En este ensayo se pretende dar un acercamiento a los elementos que constituyen la dimensión política de la identidad del sujeto. Eventualmente se utilizará, como ejemplo, un sujeto concreto: algunos actores de la sociedad civil que se han destacado por darle una resignificación y redimensionamiento a lo político, específicamente en dos sentidos: uno sobre las formas de hacer y pensar la política y, otro, sobre la recuperación de los espacios de lo público que estaban ocupados exclusivamente por los partidos y el gobierno.

La constitución del sujeto. Potencialidad e identidad como proyecto

Una lectura interesada sobre los actores de la sociedad civil, considerando la posición propia, me lleva a re-

flexionar sobre la relevancia de entender a los actores como sujetos en acción. Es en esta condición de actores que se movilizan y que constituyen sus proyectos de futuro con sus iniciativas actuales como se va constituyendo la identidad que los caracteriza. Bajo esta forma de entenderlos se pudiera cuestionar que haya actores sin proyecto o, incluso más allá, sin un discurso propio; sin embargo, el contenido que aquí se le da a la noción «sujetos en acción» alude a los sujetos sociales con un discurso en construcción.

Por el contrario, me parece más difícil reconocer la existencia de actores que constituyan un sujeto con un proyecto y un discurso acabado. Sugiero que, por el hecho de estar en permanente relación con otros, en tanto su propia condición social los ubica en posición identitaria con respecto a otros actores, se debe conce-

♦ Es Investigador del Centro de Estudios sobre las Revoluciones en México

rslm@hotmail.com



bir al sujeto como un permanente de identificación, con una historia, un presente y un futuro que se puede reconocer desde nuestro propio posicionamiento e identidad.

Se puede hablar de tiempos históricos, periodos y coyunturas, en los que el sujeto social que se identifique tenga más o menos acción, menor o mayor relevancia con respecto a la construcción de su proyecto de futuro, mejor o peor ubicación en la correlación de fuerzas políticas, ser el generador de iniciativas o bien seguidor de otras, ser sujeto u objeto de la solidaridad de otros actores; pero, visto a la distancia, difícilmente encontraremos momentos «muertos» en la vida de los sujetos sociales.

La constitución del sujeto social se da desde y a partir del lugar que ocupa en lo social, lo político, lo cultural y en el espacio simbólico de otros sujetos. Específicamente en lo político no existen vacíos, ya que éstos son siempre ocupados por las acciones y posiciones manifiestas de los diferentes actores. Los sujetos siempre están adscritos a un proyecto o bien están procurando construir un proyecto. Los diferentes actores que constituyen un sujeto tampoco son homogéneos. Esto se puede observar, por ejemplo, en el caso del sujeto social que sostiene el proyecto zapatista, pues existen expresiones de la subjetividad que se adscriben al proyecto pero que no son ni constituyen todo el sujeto.

Es más que todo sujetos en potencia, y esto nos permite dinamizar la noción de constitución, ya que ésta, la constitución del sujeto, más que un conjunto de propiedades es una dinámica de transformación. Es la subjetividad del sujeto que se pone en movimiento a través de la acción y el pensar. Con todo, habrá que diferenciar entre la voluntad y la utopía para estar en condiciones de entender cómo es que el sujeto genera una acción política que correlaciona y conecta procesos políticos y sociales.

Verlo de esta manera nos permite no confundir actores con proyectos, ni proyectos con deseos e incertidumbres, ut-

pías con deseos reprimidos; esto es fundamental para entender la identidad del sujeto como proyecto. Se trata de la potencialidad del sujeto entendida como la dimensión de lo posible y que se da sobre la base de la capacidad del sujeto para insertar sus iniciativas en el contexto y la coyuntura, es decir, la práctica política que manifiesta la potencialidad del sujeto para construir su presente. En ello tiene que ver la apropiación del conocimiento y la experiencia de los actores. No es de otro modo como se confrontan los proyectos diferentes entre los actores que los sostienen. Dicho conocimiento se presenta como discurso articulador, lo mismo que en forma de una iniciativa política, pues por su contenido puede conectar a otros actores e impactar el contexto.

Así, la dimensión de la identidad política de los sujetos tiene en su potencialidad una de sus manifestaciones. El movimiento indígena que protagonizó el primero de enero de 1994 una sublevación, y que se ha denominado a sí mismo como Zapatismo, constituye y se constituye como un elemento central de un proceso revolucionario que alude tanto a un movimiento social histórico, quien en sus inicios tuvo a Emiliano Zapata como «cabeza», tanto como a los diferentes actores que hoy se reivindican como tales –Ejército Zapatista de Liberación Nacional, Congreso Nacional Indígena, Municipios Autónomos de Chiapas, Frente Zapatista de Liberación Nacional, etc.–. Un sujeto actual y concreto con un proyecto de futuro que confronta su potencialidad con la de otros sujetos.

En la idea de identidad que aquí se maneja se podría incorporar la definición de Sciolla: «La capacidad compleja del ser humano de auto-reflexión y auto-observación que se desarrolla a través de la utilización de sistemas de símbolos significativos» y que, de acuerdo con Luckman, señala que «la identidad no es una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo relacional (Sciolla, 1983: 10). De tal manera que se puede afirmar que la constitución del actor se da a partir de las divergencias entre las perspec-



tivas de los actores-autores y sus proyectos. La confrontación, el juego de la intersubjetividad entre actores, el uno con respecto al otro son el escenario donde se manifiesta la complejidad de la identidad y sus dimensiones.

De vuelta a nuestro ejemplo, el Zapatismo se puede observar como conjunto de subjetividades, conformado con sectores de clases, de etnias, etc., que se constituyen como un sujeto de la sociedad civil organizada que, en su proyecto de futuro, constituye una identidad que se reconoce por sus objetivos políticos e históricos y donde la identidad del Zapatismo como proyecto futuro tiene un punto de definición en su decisión de no convertirse en un actor de gobierno ni en ser el eje central del proceso de cambio que promueve. Se plantea una política de identidad en la que sus intereses y necesidades entran en un escenario de interrelación con los otros sujetos. Se apuesta al despliegue de su potencialidad como capacidad de identificación con otros actores a partir de la generación de iniciativas de acción que consideren las diversas subjetividades en juego. Así, la posibilidad de reconocer su identidad se da en función también de las diferencias con otros.

Con todo, la identidad como proyecto tiene que ver con la utopía, pero también con la voluntad colectiva; es decir, la posibilidad de constituir agrupamientos colectivos para la acción política y la proposición de un programa. Se trata de ver cómo la realidad social es constituida por los sujetos, por la relación entre sujetos y actores y sus proyectos. Una relación entre memorias, colectivas e individuales, y visiones de futuro. Sin embargo, los sujetos tampoco deben ser concebidos en razón de un proyecto o de un solo proyecto, pues existen antecedentes que contienen otros proyectos. En nuestro caso empírico, el Zapatismo, se pueden observar las influencias y apropiaciones que retoma de varios proyectos; a saber, el Cardenismo, el Comunismo, el Anarquismo y la Teología de la Liberación, etc. Por eso es pertinente hablar de la identidad del sujeto más como potencialidad y proyecto, lo mismo

si hacemos referencia a sus acciones que a su discurso, pues éstos se realizan en función del contexto y la interrelación con los otros.

En este sentido, todo tipo de actores están identificados con algún tipo de proyecto y todos los actores intervienen generando iniciativas o asumiendo otras en procesos políticos que se interrelacionan. Por eso, con Luis Villoro se puede sostener la idea de que la identidad sería un proyecto en donde el reconocimiento de los otros y las posibilidades de sus diferentes proyectos implica renunciar a toda idea previa de dominio, «la identidad se refiere a una representación que tiene el sujeto... aquello con lo que el sujeto se identifica a sí mismo... la construcción de una representación de sí que establezca coherencia y armonía entre sus distintas imágenes (Villoro, 1998: 64). Así, la idea de identidad como proyecto, como representación imaginaria, es la expresión, de manera concreta, de las necesidades y deseos. El proyecto de identidad manifiesto contiene las necesidades y deseos de los sujetos. Así la construcción del sujeto es la de su propia identidad y su manifestación política es, al mismo tiempo y desde un principio, su «política de identidad», para utilizar el concepto de Hobsbawm.

El sujeto en su contexto.

La multidimensionalidad de la identidad

Cuando se parte del reconocimiento de los sujetos sociales y sus proyectos de futuro, se parte del supuesto de que se encuentran en la construcción de situaciones que no existen, que se están ensayando y que estos ensayos se topan con muchos problemas. Los sujetos no se pueden pensar fuera de su contexto histórico y coyuntural. Al mismo tiempo debe considerarse que la construcción de contextos posibles son influidos por las necesidades y posibilidades de los sujetos.

Una cuestión central aquí es cómo los actores, los agrupamientos colectivos o los propios sujetos sociales en que se



constituyen se dan cuenta, y en qué medida, de la posición que adoptan y desde dónde participan para la construcción del contexto. Uno de los elementos que podrá evidenciar la conciencia histórica y política que los sujetos han adquirido puede ser su discurso; aunque no todos los discursos son apropiados por sujetos.

En este sentido se puede problematizar aún más la cuestión de la identidad, pues la colocación del sujeto frente a su contexto implica a las diferentes dimensiones de la identidad. Gilberto Giménez, al estudiar los cambios de identidad, parte no sólo del concepto de identidad, sino también del actor, y sostiene que la perspectiva del actor como sujeto implica «el punto de vista del propio actor social que se autopercibe como fuente consciente y motivada de su acción (Giménez, 1993:23-24).

Este autor considera que, con respecto a la identidad, «el punto de vista subjetivo de los actores sociales acerca de su unidad y sus fronteras simbólicas «es determinante, así como su persistencia en el tiempo y ubicación espacial. Retoma de G.H. Mead la idea de que «la identidad subjetiva emerge y se afirma sólo en la medida en que se confronta con otras identidades subjetivas durante el proceso de integración social, en el interjuego de las relaciones sociales» (Ibid:24).

En este sentido, si se admite que la identidad es un proceso discontinuo que entra en una dinámica dialéctica con el contexto del sujeto, en que los actores pueden ser conscientes de su acción y subjetividad –y que ésta a su vez es producto de la interacción social, las relaciones y conflictos–, entonces se puede reconocer la dimensión de la identidad emergente. Giménez lo plantea de manera sencilla cuando dice que «las identidades emergen y varían en el tiempo y son instrumentalizables y negociables, se retraen o se expanden según las circunstancias y, a veces, resucitan (Ibid:28). Esta reflexión la hace el autor con respecto al proceso de identificación de individuos o colectivos que adoptan una posición diferente a

la que tenían en un contexto concreto de auge de un «mercado» de diversas y cada vez mayores ofertas religiosas, políticas y de otro tipo de creencias. Giménez diría en el contexto donde se manifiestan cambios que traen consigo las crisis del sistema social.

El contexto sería un referente en esta perspectiva de análisis: las condiciones económicas, sociales, políticas, etc., y el tipo de relaciones que se da entre los actores se convierte en un factor determinante de la constitución de identidades, y éstas entendidas como procesos de diferenciación. Así, cualquiera de las dimensiones de la identidad se comprende por las representaciones simbólicas en su contexto y por las formas en que se presentan las acciones. Sin embargo, se puede reconocer que existen sujetos-sujetados a la identidad del sujeto dominante; de tal manera que en el proceso de socialización en el que se constituyen las identidades se puedan generar mediaciones y controles sociales instituidos.

Otro elemento a problematizar respecto del contexto tiene que ver con su identificación en un espacio determinado. En este sentido cabe la aclaración de que el contexto alude a la configuración de un espacio simbólico (que no se restringe a la ubicación geográfica) que es llenado por la identificación de los individuos-actores-colectivos.

Así lo que se tendría que reconocer en este tipo de reflexiones, sobre identidad y sus dimensiones, son los contextos y los procesos sociales-económicos-culturales en los que se desarrollan las construcciones identitarias de los sujetos, sin pasar por alto que las dimensiones convergen en los límites y contornos de los diferentes sujetos. Es como dice Comaroff, que «en la era de las subjetividades múltiples... es muy difícil subestimar la complejidad de los campos de lucha política, las condiciones físicas y las relaciones materiales que informan las construcciones contemporáneas de... la identidad» (Comaroff, 1994:1). Y siguiendo a este mismo autor se afirma que «la identidad –todas las identidades– no son sino relacio-



nes, que su contenido se forja en las particularidades del proceso de su construcción histórica. Por ello, la identidad no se puede definir en abstracto, ni puede haber una teoría... Sólo una teoría de la historia y de la conciencia capaz de elucidar la producción de identidades» (Ibid:2).

Finalmente cerramos este apartado con la idea de Eric Hobsbawm sobre identidades múltiples y combinadas que admite, además, la posibilidad de pensar en identidades intercambiables o que se pueden llevar en combinación, puesto que nadie tiene una sola identidad; «la política de la identidad parte del supuesto de que una, entre las muchas identidades que tenemos, es la que determina o al menos domina nuestra política» (Hobsbawm, 1996).

Identidad y política

En el establecimiento de una relación entre la identidad y lo político imaginamos un espacio, hasta cierto punto indeterminado, de construcción del sujeto histórico (esta noción no se emplea en el sentido del sujeto de la resolución y del cambio, sino más sencillo, en tanto todo sujeto es histórico porque tiene un pasado, un presente y un futuro); pero este espacio está encargado por el propio sujeto de que se trate. Así, el problema de lo político establece el espacio y el tiempo en el que los sujetos se confrontan y al mismo tiempo en que cada uno de ellos puede configurar su proyecto de futuro.

La identidad política del sujeto se manifiesta en la lectura que por su discurso o su acción hace de sus intereses, de sus deseos y sus necesidades. Sin embargo, existen espacios de intermediación entre los sujetos que pueden ser determinantes; piénsese, por ejemplo, en los que crean las comunicaciones electrónicas, la tecnología de punta y el mercado, que son capaces de absorber de los sujetos la capacidad de utilización de sus propios medios (el lenguaje, sus percepciones, etc.), aunque también pone a su disposición otros (es el caso del

internet en los Zapatistas, que han logrado utilizarlo combinándolo con formas tradicionales de comunicación como sería la epistolar).

El espacio figurado que existe entre la identidad política de un sujeto y la política de identidad que adopta eventualmente sería la subjetividad que está representada por su práctica social en la cotidianidad; de tal manera que resulta muy difícil pensar cualquiera de las dimensiones de la identidad de un sujeto (género, religiosa, raza, étnica, etc.) sin una «connotación» política, sin investidura política alguna.

De ello se desprende la posibilidad de que la dimensión de lo político cruza y puede contribuir a entender los procesos de identidad en todos los otros campos y dimensiones. Habría que decir al respecto que es la acción política, la actividad humana que puede hacer frente a las orientaciones que están detrás de las manifestaciones sociales, económicas y culturales.

Es el sujeto que a través del quehacer político puede enriquecer las otras dimensiones de su identidad, aunque habrá que decir que partimos del supuesto de acción política no alienada, producto de una conciencia histórica que se traduce en política. Ciertamente estamos en el terreno de la abstracción y, por lo tanto, de suponer sujetos capaces de conocer la realidad y transformarla y al mismo tiempo convertirse en sujetos con capacidad multidimensional.

Aquí se considera la política como el espacio posible de construcción histórica, la confrontación de sujetos con diferentes historias que modifican la realidad por ese solo hecho. Es el espacio de relación entre presente y futuro, donde la acción de los sujetos conlleva un horizonte, que por medio de la acción y los acontecimientos se constituyen como tales. Con todo, está claro que la posibilidad de colocarse los sujetos en condiciones de pensar y tomar conciencia histórica está determinada por la propia historia del sujeto y su condición actual de vida, pero insistimos en que la capacidad de adqui-



rir conciencia política y organizar su práctica política se da desde y en función de la perspectiva de futuro, del análisis de coyuntura que se haga y de las iniciativas concretas que se promuevan.

No se ve, desde esta perspectiva de análisis, que la constante transformación de la identidad del sujeto no llegue a un punto en el que se apropie de la realidad y por tanto de estar en condiciones de apropiación del conocimiento para construir otro mundo. Volvemos por enésima vez a nuestro sujeto concreto que ha guiado este ensayo de reflexión, el Zapatismo, que tiene en las comunidades indígenas su base de apoyo más sólida. En la relación entre identidad y política no se ve al sujeto sino como el constructor de su utopía, y en el Zapatismo se muestra cómo es capaz de desplegarla y ensayar en un tiempo actual su proyecto de futuro, su identidad como proyecto al futuro. Es aquí donde no sólo de manera abstracta se puede reconocer al sujeto como parte de la realidad y constructor de su identidad. Más aún, el sujeto-actor-colectivo que representa el Zapatismo se reconoce desde ya como parte de su utopía, aunque conscientes de que en la realidad actual existe una interrelación de subjetividades que se mueven en lo indeterminado, estableciendo límites y contornos que se tocan y se separan, a través de los cuales se pueden reconocer en sus necesidades comunes y sus diferencias.

No se puede alegar este caso como una excepción de la regla, otros agrupamientos colectivos han experimentado procesos de constitución subjetiva semejante; es el caso de Alianza Cívica, en el que se puede comprobar que la idea del sujeto sometido a determinaciones y mediaciones, y la posibilidad de colocarse a partir del reconocimiento de las mismas es un hecho contundente. No es otra cosa la ubicación que alcanzó el agrupamiento colectivo de la Alianza Cívica frente a una realidad de fraude, corporativismo y coacción, al lograr desarticular e inhibir estos procesos y contribuir en la transición política a un nuevo sistema social.

En el mismo sentido se podría hacer referencia al problema de la construcción del discurso como forma por excelencia de la identidad política de los sujetos. Pablo González Casanova, en su ensayo sobre «la teoría de la Selva Lacandona», ha mostrado la elaboración del discurso Zapatista y la identidad que ha adquirido la política en este sujeto. Pero con sólo revisar los análisis de coyuntura de éste y otros actores nos daremos cuenta de cómo se hace la reconstrucción teórica del contexto como forma de acercarse a su complejidad e indeterminación.

En los resultados de la confrontación con otros sujetos, incrustados en las instituciones de la sociedad política, se puede dar cuenta de cómo se ha transformado la relación entre su utopía, su potencialidad, su práctica política y la construcción de su proyecto de futuro. Estamos frente al problema de la subjetividad y las implicaciones entre conciencia, discurso y experiencia-acción en la construcción del contexto. Tal vez ahora se pueda redimensionar la idea del espacio de la política como alternativa de construcción de futuro y de la propia identidad del sujeto que la realiza. El espacio de lo político como posibilidad de construcción histórica. En este espacio de lo político es donde se prueba la preservación de la propia identidad; dicha preservación es un elemento indispensable de la resistencia a ser sujetados por la identidad política de sujetos dominantes. Pero también, la identidad política le puede dar cohesión a las otras dimensiones de la identidad del sujeto, identidades que al mismo tiempo son colectivas, pues se comparten con otros agrupamientos y actores; me refiero, por ejemplo, a que le puede dar consistencia a la identidad de clase, de pertenencia religiosa, de género, de etnia, etc.

Para cerrar este apartado habrá que retomar la idea con la que lo iniciamos; a saber, el espacio entre la política y la identidad del sujeto. Se puede concluir, después de todo lo anterior, que la constitución de la subjetividad también se da



en función de la recuperación del espacio público, pues de lo contrario no existirían condiciones favorables para hacer política pública. La resistencia, la creación de territorios autónomos y la comunicación son estrategias que pueden permitir el acceso al espacio de la política pública. Al mismo tiempo, se pueden estar generando nuevas formas de hacer y pensar la política. La identidad política es parte de lo que llamaremos aquí una nueva subjetividad en construcción que se reconoce en otras identidades colectivas históricas y presentes, pero también se diferencia. Las distintas identidades colectivas se asumen en la práctica política, desplegando así sus dimensiones. No es otra cosa la diversidad de luchas e iniciativas que los nuevos actores sociales han estado asumiendo, aunque sólo parezca que se ponen y se quitan las cachuchas y las camisetas sin ningún sentido. Un pequeño recuento más sistemático mostraría el sentido latente de esa apariencia.

A manera de conclusión

La idea fundamental que se trató de armar es que el punto de intersección donde se encuentran la identidad y la política, en sus dos sentidos, como identidad política y como política de identidad, es cuando el sujeto se constituye, es decir, en el momento en el que ejerce su autonomía, pero también en el que ofrece resistencia a la dominación. La identidad siempre emerge en la forma de una política y donde su construcción es al mismo tiempo la del contexto donde ésta emerge. Por nuestra parte, con Zemelman, se reconoce lo político «como la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables... (lo político como) proceso de construcción de proyectos» (Zemelman, 1989:82) Así, las prácticas sociales, los modos de hacer política y las iniciativas de acción

política son la base para entender la construcción social de los sujetos.

El debate sigue abierto entre las formas de entender la política y la identidad. No se ignora cómo éstas están determinadas por las relaciones de poder; sin embargo, esto sería tema de otro ensayo. Por lo pronto debe quedar claro que «las culturas y sus sujetos ubicados están amarrados con poder, y el poder a su vez está moldeado por las formas culturales. Como la forma y el sentimiento, la cultura y el poder están intrincadamente entrelazados» (Rosaldo, 1989:158). 

- Comaroff, John (1996), «Ethnility, Nationalism and Politic of Difference in an Age of Revolution». En *The Politics of Difference. Ethnic Premises In a World of Power*. The University of Chicago.
- Giménez, Gilberto (1993), «Cambios de identidad y Cambios de Profesión Religiosa». En Guillermo Bonfil Batalla (Coord.) *Nuevas Identidades. Culturas en México*, CONACULTA, México.
- González Casanova, Pablo (1992), «La formación de conceptos en los pueblos indios». En *Convergencia Socialista*. Núm. 2. Septiembre.
- Hobsbawm Erik (1996), «La política de la identidad y la Izquierda» en *Nexos* Núm. 24, agosto.
- Rosaldo, Renato, *Cultura y Verdad* (1989), Ed. CONACULTA, Grijalbo, México.
- Sciolla, Loredana (1983), «Teoría de la identidad. Tomado de Loredana Sciolla, *Identitá*, Rosenberg y Sellier, Traducción de Gilberto Giménez, Turín.
- Villoro, Luis (1998), *Estado Plural, Pluralidad de Culturas*, Ed. Paidós, México.
- Zemelman, H. (1989), *De la Historia a la Política*. Siglo XXI, México.

Bibliografía

Rafael Sandoval Álvarez

Sociedad Civil

Análisis y Debates
Revista Científica Cuatrimestral

Una publicación promovida por:
Instituto de Análisis y Propuestas, I.A.P.
Foro de Apoyo Mutuo y Fundación DEMOS, I.A.P.

NÚM. 7 - VOLUMEN III
"DESARROLLO LOCAL"

CONTENIDO

Números anteriores

Volumen I:

- 1) "Conceptos sobre sociedad civil"
- 2) "Perfiles globales de la sociedad civil"
- 3) "Perfiles de la sociedad civil en América Latina y El Caribe"

Volumen II:

- 4) "Perfiles de la sociedad civil en México"
- 5) "Globalización y sociedad civil"
- 6) "Gobernabilidad"

Suscripción anual

3 números entregados en su domicilio	
Cd. de México y Área Metropolitana	\$200
Interior de la República Mexicana	\$250
E.U.A., Canadá y América Latina	US \$60
Europa y Asia	US \$65

Ejemplar atrasado:

En la República Mexicana	\$100 pesos
Para Norte y Sudamérica	\$25 dólares
Para Europa y Asia	\$28 dólares

Formas de pago

1. Enviar su cheque o giro a nombre de DEMOS, I.A.P. en pesos o dólares por correo certificado a la dirección que aparece abajo
2. Depositar en una sucursal BANAMEX del país, en la cuenta 651764-5, Suc. 947, a nombre de DEMOS, I.A.P., y remitir copia del depósito al fax (5)669 0308
3. En ambos casos, detallar claramente todos sus datos y RFC si requiere factura.

- ❖ El discurso de la participación en las propuestas de desarrollo social. ¿Qué significa participar?
LILIANA RIVERA SÁNCHEZ
- ❖ Organizar a la sociedad civil para el desarrollo local: condición para que funcione el "capital social"
SHARON LEAN McCONNELL
- ❖ Participación local y deliberación pública en Brasil
LEONARDO AVRITZER
- ❖ Desarrollo rural en España ¿Qué ha dejado una década de programas?
PAUL SOTO HARDIMAN Y
LEOPOLDO GÓMEZ GARCÍA
- ❖ Desarrollo local/regional y descentralización del estado: dos puntos para la agenda del próximo quinquenio en El Salvador, C.A.
ALBERTO ENRÍQUEZ VILLACORTA
- ❖ Pobreza y desarrollo local en Chile
GERMÁN ROZAS
- ❖ PANORAMA: Alizanzas intersectoriales, ¿signo de esperanza y alternativa?
MAURICIO GUERRERO

DEMOS, I.A.P.

Minnesota núm. 6, Col. Nápoles 03810 México, D.F. (MÉXICO)

Tels. (5) 536-1023 y (5) 536-1027 Fax: (5) 669-0308

e-mail: demos@laneta.apc.org